



Capítulo 543: Se acerca un torneo

Seris D'Arkan se recostó en su cama tamaño king, una lujosa obra de sábanas y almohadas de seda negra tan suaves que se tragaron todo su cuerpo. El dormitorio de la Reina de Todas las Brujas' era un reflejo de su propia presencia: vasto, imponente, pero misteriosamente íntimo. Pesadas cortinas de terciopelo escarlata bloqueaban la luz de la luna y cientos de velas flotaban perezosamente en el aire, proyectando un suave resplandor que proyectaba sombras danzantes sobre las paredes cubiertas de símbolos arcanos.

En ese momento, sin embargo, Seris no se sentía como un monarca rodeado de secretos cósmicos o un mentor que daba forma al futuro de la magia. Ella se sentía... cansada.

Se había estado arrastrando mentalmente desde primera hora de la mañana, después de otro día de enseñarle a Alice, su joven discípula. Alicia era una pequeña llama que había crecido demasiado rápido, una esponja insaciable para el conocimiento. Cada enseñanza, cada sigilo, cada fórmula o encantamiento que Seris vertía en su camino era absorbido con una velocidad absurda.

Seris no estaba orgullosa de admitirlo, pero enseñarle a Alice era agotador. Lo que debería haber sido un flujo natural de transmisión de conocimientos se estaba convirtiendo en una carrera: sentía que necesitaba estar siempre un paso adelante, reinventar los métodos de enseñanza, extraer de su interior fragmentos que ni siquiera recordaba poseer.

"Esta chica me agotará antes de que los dioses tengan otra oportunidad..." murmuró, dándose vuelta en la cama hasta que quedó boca abajo, con las piernas todavía sobre el colchón y el cuerpo arqueado sobre el borde, mirando el techo invertido.



El techo de su habitación estaba adornado con constelaciones falsas que ella misma había creado, símbolos luminosos que se movían según su estado de ánimo. Hoy estaban casi inmóviles, pálidos, como si reflejaran su propio agotamiento.

Y fue en este ensueño que el nombre apareció en su mente, sin invitación, sin previo aviso: Virgilio.

Seris parpadeó lentamente, como si se hubiera oído susurrar el nombre en voz alta. Su rostro apareció en su mente—frío, arrogante, casi siempre con esa sonrisa torcida que la irritaba y, al mismo tiempo, la hacía reír para sí misma después. Habían pasado ocho meses desde que desapareció. Ocho largos meses sin noticias, sin dejar rastro, como si el mundo hubiera decidido tragárselo entero.

Odiaba admitirlo, pero estaba preocupada. En realidad no sólo estoy preocupado. Había algo más, algo ardiente en su pecho de una manera que la Reina Bruja no podía describir. Vergil no era como los otros hombres que habían pasado por su vida. Él no adulaba, no se inclinaba, no se dejaba intimidar. La miró a los ojos con una audacia que ni siquiera los dioses se atrevieron a sostener por mucho tiempo.

"¿A dónde has llegado, idiota?" Ella murmuró, con los ojos fijos en las constelaciones artificiales. "Me debes al menos una visita, después de darme la espalda de esa manera."

Por un momento, el silencio pareció burlarse de ella. Suspiró y el suspiro rápidamente se convirtió en un rubor que se extendió por sus mejillas. De repente, sintió que todo su cuerpo se calentaba, como si la hubieran pillado con las manos en la masa con un secreto vergonzoso.

Y entonces sucedió lo inevitable.



"¡No... no, no, no!" Seris murmuró para sí misma, encogiéndose de hombros y cubriéndose la cara con las manos. "¿Qué estoy pensando?"

La imagen de Virgilio a su lado, sentada en esa cama, riéndose de su desesperación, fue suficiente para hacerle perder el equilibrio. Con un movimiento repentino, se movió demasiado en el borde y antes de que pudiera reaccionar, su cuerpo resbaló y se cayó de la cama.

"¡Ah!" El ruido sordo contra la lujosa alfombra resonó sin dignidad.

Ella yacía allí, mirando al techo, ahora en un ángulo normal. Su corazón latía demasiado rápido para lo que debería haber sido sólo una caída.

"¿En qué carajo estoy pensando..." dijo en voz alta, cubriéndose la cara con una mano. Todo su cuerpo ardía de vergüenza.

Fue ridículo. Ella, la Reina de Todas las Brujas, responsable de sellos, tratados y guerras, yace en el suelo como una adolescente sorprendida fantaseando con el hombre equivocado.

Pero antes de que pudiera recomponerse, un sonido resonó desde el otro lado de la puerta: un golpe firme.

Seris se levantó apresuradamente, alisándose la ropa y el cabello, tratando de borrar cualquier rastro de vulnerabilidad de su expresión. Su voz era firme, cargada de autoridad.

"¿Quién es?"



La puerta se abrió con un suave crujido. Una de sus brujas más importantes entró en la habitación. Era una mujer alta con cabello negro trenzado y un vestido morado oscuro que parecía haber sido cosido con sombras. Sus ojos eran profundos, sabios y llevaban esa reverencia natural que siempre acompañó la presencia de la Reina.

"Su Majestad." Ella hizo una ligera reverencia. "Necesito informar alguna noticia urgente."

Seris se apoyó en el borde de la cama y cruzó los brazos, intentando ocultar el ligero rubor que aún insistía en colorear sus mejillas.

"Habla rápido."

La bruja respiró profundamente, como si las palabras en su boca pesaran más de lo que debían.

"Los dioses... van a celebrar ese torneo de mierda otra vez."

El silencio que siguió fue intenso. Seris parpadeó lentamente, absorbiendo la información. Luego resopló en voz alta y una risa amarga se le escapó de los labios.

"Por supuesto que lo harán." Su voz rezumaba de sarcasmo. "Nunca se cansan de este pequeño juego. Reúnen sus piezas, eligen a sus campeones y apuestan por el destino de los mortales como si fuera una apuesta de taberna."

La otra bruja inclinó la cabeza pero no respondió. Ella sabía que la Reina no le estaba hablando a ella, sino que se estaba desahogando.



Seris se puso de pie, caminando de un lado a otro por la habitación con pasos firmes. Sus uñas araÑaban ligeramente contra la pared mientras hablaba, como si cada palabra fuera veneno que necesitaba ser expulsado.

"¿Y los mortales? Ah, esas pobres almas creen que tienen suerte de ser elegidas. Corren como ratas por el laberinto divino, creyendo que ganarán gloria, cuando en realidad sólo están prolongando la diversión de los dioses'."

Se giró, con la mirada parpadeando, y se enfrentó a su subordinado.

"¿Y ya anunciaron los nombres de los campeones?"

"Todavía no. Sólo han confirmado que esto sucederá." La bruja dudó. "Pero, como siempre, tu presencia será necesaria."

Seris cerró los ojos y se frotó la sien con dos dedos.

"Por supuesto que lo será." El sarcasmo en su voz era agudo. "Después de todo, ¿qué sentido tiene un torneo de marionetas sin la Reina Bruja para observar?"

Por un momento, sintió que algo dentro de ella se movía. Un recuerdo. Un recuerdo. El rostro de Virgilio volvió hacia ella, casi como si el destino mismo hubiera decidido burlarse de ella.

Si él estuviera aquí... oh, sin duda se burlaría de ello. Llamaría al torneo un "juego de dioses aburridos" o, peor aún, se ofrecería a participar sólo para ver el caos de primera mano.

Seris respiró profundamente, reprimiendo la sonrisa que amenazaba con escapar.



"Muy bien." Su voz recuperó su frío tono de autoridad. "Informar al Consejo que estaré presente. Pero quiero información detallada tan pronto como se publique."

"Sí, Su Majestad." La bruja volvió a inclinarse, preparándose ya para partir.

Seris, sin embargo, la detuvo con un gesto.

"Y duplicar las salas de los portales. No quiero sorpresas antes del torneo."

"Como deseas." Y con eso, la sirvienta se fue, cerrando suavemente la puerta detrás de ella.

La habitación volvió al silencio, interrumpida sólo por el lejano susurro de las velas flotantes. Seris estaba en el centro, con el corazón todavía inquieto.

Ocho meses sin noticias de Virgilio. Ahora, un nuevo torneo de los dioses.

¿Coincidencia? ¿O el destino preparando otro truco?

Suspiró y se recostó en la cama, esta vez de lado, con los ojos fijos en la oscuridad más allá de la cortina.

"¿Dónde estás, Virgilio...?" murmuró suavemente, permitiéndose, sólo por un momento, la debilidad del anhelo.